

TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN: <i>El niño con el pijama de rayas</i>
AUTOR: John Boyne
FECHA: 2007 (12ª Edición)
LUGAR DE EDICIÓN: Barcelona
EDITORIAL: Salamandra
IDIOMA: Español
AUTORA DE LA RECENSIÓN: Juana Rosa Suárez Robaina

A pesar de ser una obra concebida y destinada para un público adolescente y juvenil, según afirma su autor, el irlandés John Boyne (1971), ha conseguido este relato ser sin duda el libro del año en el que se publicó, ser leído con entusiasmo también por un público adulto y lograr su traducción a más de veinte idiomas. Traemos aquí esta breve reseña una vez constatado y contrastado el aprovechamiento pedagógico de este relato para la Didáctica de la Lengua y la Literatura, más concretamente para la materia *Desarrollo de Habilidades Lingüísticas*¹

Se compone este relato de 20 capítulos, enumerados y “rotulados” con enunciados a veces tan descriptivos y elocuentes como éstos con los que ejemplificamos: 5 “Prohibido Entrar Bajo Ningún Concepto y Sin Excepciones”, 10 “El punto que se convirtió en una manchita que se convirtió en un borrón que se convirtió en una figura que se convirtió en un niño”, 14 “Bruno cuenta una mentira muy razonable”, 20 “El último capítulo”. Completan la obra (219 páginas) una dedicatoria y agradecimientos (al comienzo y al final respectivamente del libro).

La novela se nos descubre paradójicamente como un texto desasosegante y reconfortante a la vez. Nos plantea, desde la perspectiva de Bruno, un niño berlinés de apenas nueve años, su nueva experiencia cuando su familia se muda por cuestiones laborales (a su padre, general nazi, se le encomienda, tras su ascenso, la dirección del campo de concentración de Auschwitz). Se inicia así una experiencia de aprendizaje, una experiencia vital, contenida y reducida por la ingenuidad de Bruno, pero, sobre todo, por su incapacidad comprensiva. Bruno parte de la carencia, en primer lugar, afectiva, pues en su entorno inmediato el porcentaje más significativo de mensajes que le llegan son mayoritariamente asépticos y prescriptivos: continuamente recibe normas, pautas y reglas que le señalan su jornada diaria. Pero Bruno no es, además y en segundo lugar, un niño como los demás. Conveniente y oportunamente tensan, sus familiares más cercanos, los hilos que activan su mundo que parece desconocer los aspectos más elementales del mismo. No obstante, Bruno tiene algunas válvulas de escape si bien resultan insuficientes y no pueden compensar el enorme déficit que genera la relación con sus padres y hermana mayor. La primera de esas vías de escape se remonta al pasado, cuando Bruno evoca recuerdos de su abuela o de los amigos que dejó en Berlín. La segunda, la encuentra en otros adultos que rodean su vida presente: la criada, el profesor, el médico que trabaja como sirviente en su nueva casa...

Ante este panorama sin duda asfixiante por estéril Bruno necesita buscar, necesita experimentar y es precisamente este juego, el de la exploración, casi el único entrenamiento permitido a Bruno, aún desconociendo los padres la peligrosidad de tal ejercicio en un niño como él. Es éste el perfil y el retrato del protagonista que nos presenta el autor, convenientemente adornado con aspectos prosopográficos muy reveladores: escasa estatura para su edad, cabeza muy grande y boca en forma de “O”

1 Junto al evidente placer que su lectura generó, como tarea de aula se analizó la obra para discriminar las destrezas que el protagonista, Bruno, activaba para comunicarse con su entorno. Asimismo, se estableció el contraste con otra novela, también protagonizada por otro joven varón, aunque algo mayor que Bruno y con una incapacidad explícita y detallada (Síndrome de Asperger): *El extraño incidente del perro a medianoche*. Experiencia realizada en el marco de la carrera de Maestro, en la especialidad de Audición y Lenguaje en la ULPGC (Curso 2007 - 2008).

cuando se asombra, cuando ignora...

Como el ciruelo de la canción homónima de Bertolt Brecht, *que no se encuentra menor*, Bruno se ve cercado (*tiene reja alrededor*). Una extraña visión desde la ventana de su habitación incita al niño a indagar y al hacerlo lo que encuentra es otro ser, aparentemente como él: otro niño, éste con un extraño pijama y también con su “cerca” particular que para Bruno no deja de ser anecdótica. Con él comienza a interaccionar (comparten gestos, pequeñas conversaciones ¡¡y sólo de vez en cuando algo de comer!!). Porque Bruno no es capaz de valorar la realidad del otro, la causa de la desazón de Shmuel, el niño judío, como tampoco es capaz de advertir, en su entorno familiar, las circunstancias de sus seres más cercanos -¿queridos?- (la tiranía de “Padre”, el desafecto, alcoholismo y debilidad de “Madre”, la altanería de su hermana mayor “Tonta de Remate” que permanentemente recuerda a su hermano su torpeza llamándole “estúpido”...). Y así Bruno pasa sus días, o mejor sus tardes, desplazándose a la alambrada para ver a su otro igual, al otro niño. Y sentir así, al menos desde su perspectiva, que habla de tú a tú, como a su espejo (nacidos el mismo día, el mismo mes, el mismo año). Y sin embargo, superado su primer cerco familiar no es posible franquear esta segunda reja sin consecuencias. Bruno no ha sido educado para ello: la realidad lo sobrepasa.

Planteada como una ficción histórica (sin estridencias) del genocidio judío, la obra es más que esto. Es toda una parábola de la incomunicación, de los desafectos cotidianos. Pero, curiosamente, pocos héroes de ficción hay tan acompañados como Bruno y eso lo percibimos bien los lectores que acabamos convirtiéndonos, en la obra de Boyne, en auténticos mediadores entre Bruno y los otros. Como lectores, más que hablar, le susurramos, le advertimos, le acompañamos y, al final, morimos también un poco con él. Éste es sin duda el mayor acierto del irlandés... Bravo.

Juana Rosa Suárez Robaina